

Las leyes reformando las ancladas costumbres de una sociedad a la que le cuesta dejar de ser machista se aprobaron hace tiempo y sin embargo, hay cosas que cuesta cambiar. Por eso no fue fácil ni rápido no ya que la sociedad no dispusiera de tales leyes, sino que les tuviera incorporadas a la vida cotidiana. Mejor dicho: sigue sin ser fácil y no será rápido.

Durante demasiado tiempo, en este país —en realidad, en todo el mundo— fueron muchas las actividades y los deberes casi exclusivos de las mujeres. Eso ha implicado renunciadas, carreras interrumpidas y dependencia económica, emocional y vital. Cierta que algunas mujeres eligieron ese camino, pero demasiado a menudo no había elección y la causa era una sociedad extática: costaba moverse de posiciones ancestrales, a pesar de estar en un tiempo donde los ciudadanos conquistaban las calles y eran los protagonistas de reivindicaciones sociales y personales.

Sin embargo, hubieron asuntos que no se contemplaban en la agenda feminista y que, con el tiempo, se ha visto que eran cruciales. En 2005 más de 280.000 hombres ejerció el derecho de disfrutar de la prestación por nacimiento y cuidado del menor. Pueden ser muchos más, por supuesto. Los hombres que no se sienten beneficiados por esa opción, y por tanto intentan no tener que aprovecharla, es porque no han comprendido aún que cuidar es más un derecho que una obligación y no previenen el vínculo con las criaturas que se tejan en esos primeros meses. En cambio hay padres y madres que no pueden estar con los críos todo el tiempo que quisieran y se sienten culpables.

Los hombres que son padres no son responsables de conceptos arraigados durante siglos, pero bien es cierto que para ganar un derecho y generar un cambio hay que retransmitirle a la sociedad y a los poderes que se desean ganar esas batallas. No hace falta pertenecer o colaborar a una organización feminista para militar en el feminismo. Basta con actuar en la vida cotidiana: hacer en vez de preguntar qué puedes hacer, no tolerar un comentario jocoso y rancio sobre las mujeres, evitar la observación del aspecto en vez de la del desempeño en el trabajo...

Hay quien cree que nada cambia, pero yo soy de los que no me desanimó: hay que persistir en que no se deje a nadie atrás; es decir, que el tiempo y el desarrollo personal y profesional de las mujeres no esté condicionado por unas responsabilidades que se asume que la corresponden a ella por el mero hecho de ser mujeres. Lo asumimos como sociedad, pero también como individuos; si cada pareja, cada vecino, cada maestro, cada médico, cada concejal y cada amigo que la rodean deja de apartar la vista cuando una mujer abandona o aplaza su carrera por cuidar de otras personas, mientras que no lo hace un hombre que está a su lado y que también podría ocuparse, la igualdad estará más cerca.